

¡Hola amigos! ¿Que tal os va con la primavera? Un gran maestro de periodistas Dovifat, afirmaba que todo profesional debía informar, junto al accidente trágico, el discurso político o la sequía impresionante, la llegada de la primavera con la importancia que requiere su ineludible ciclo vital. La primavera puede permitírsele todo, desde la noticia de su llegada, al comentario o al canto lírico,

En esta era de la técnica, la larga gusanera de coches que huyen de la ciudad es el mejor canto con ruedas que puede dedicarse a la primavera. No obstante, como siempre hay olvidadizos, debemos dar constancia de su llegada para que los hombres de despacho, los técnicos y los que realizan trabajos de gestión, pidan una flor fresca, a ser posible amarilla, para su mesa de trabajo. No insinúo que le lleven alguna a su mujer, porque se da por descontado.

Tal vez os pase también a vosotros. Al abrir la ventana en estos días nuevos, se entiende menos que tengamos que morir. Tal vez por eso la primavera y la Pascua de Resurrección suelen presentarse juntas y todo despierta y resucita por dentro y por fuera. Hasta los troncos añosos, como el olmo viejo de Machado, se cubren de hojas minúsculas en un milagro de fecundidad al que no podemos acostumbrarnos.

Tendríamos que leer todos el admirable poema suyo que comienza: “Palacio, buen amigo” y que Vicente Gaos, poeta metafísico, comentó magistralmente. Yo vuelvo a él con frecuencia para recordar a tantas personas sin ojos para mirar la primavera. Hay enfermos incurables, hay gente solitaria, hay guerras, hambres... Y gente que aguanta encima demasiada decepción. Pero, ¿va a poder todo eso con nosotros?

Precisamente, fue escrito el soneto ocho meses después de morir Leonor. Desde las tierras del sur, con su temprana primavera, Machado -ahora sólo- pide a su amigo Palacio que, con las primeras rosas, suba al cementerio donde su gran amor está enterrado. Comienza indagando:

“Palacio, buen amigo,

¿ está la primavera
vistiendo ya las ramas de los chopos
del río y los caminos?”

El sabe que en Soria hace frío, que el invierno se retrasa entre los brezales como si nunca se fuera a marchar:

“En la estepa
del alto Duero, primavera tarda,
¡pero es tan bella y dulce cuando llega!...”

Y va desgranando su humilde curiosidad por todo lo que despierta:

“Por esos campanarios
ya habrán ido llegando las cigüeñas.
¿Hay ciruelos en flor? ¿Quedan violetas?”.

Se suceden las preguntas con suave impaciencia:

“Palacio buen amigo,
¿tienen ya ruiseñores las riberas?”.

Se ha dado a esta impaciencia del poeta una interpretación extraordinaria. Las interrogaciones repetidas son reflejo del propio corazón anhelante. “¿Será posible, será posible que otra vez haya olmos viejos con hojas recientes, y margaritas entre la hierba, y zarzas en flor, entre las peñas, tan áridas? ¿Será posible que, dóciles al ritmo del cosmos, acudan de nuevo las cigüeñas a los campanarios, los ruiseñores a las riberas?”. Pero si esto es posible, si este gran milagro es posible, bien puede esperarse ese otro milagro que simboliza la primavera: la resurrección de la carne, la resurrección de la amada, de todos los que llevamos en el corazón. Por eso su corazón espera.

“...También hacia la luz y hacia la vida, otro milagro de la primavera”.

Un canto de esperanza, una afirmación del sentido transitorio de toda ausencia, de todo dolor. Y si la carne resucita, ¿qué pensar de esas resurrecciones íntimas hechas de campanas y flores del almendro?

Aviso a todos: es primavera. Hay que abrir las ventanas.

Déborah

